



INTELECTUALES,
MEDIADORES Y
ANTROPÓLOGOS.
LA TRADUCCIÓN Y LA
REINTERPRETACIÓN DE LO
GLOBAL EN LO LOCAL

Mónica Martínez Mauri
Eugenia Rodríguez Blanco
(Coordinadoras)

7

IDENTIDADES AMBIGUAS: EL ROL DE LOS ANTROPÓLOGOS EN EL ÁMBITO DEL NACIONALISMO

MONTSERRAT CLUA I FAINÉ

Universitat Autònoma de Barcelona

INTRODUCCIÓN

En este texto se pretende plantear la posición que tienen los antropólogos, como intelectuales y como científicos, en relación a un tema de tan elevado contenido político como es el fenómeno del nacionalismo. De absoluta actualidad en el mundo contemporáneo, y vinculado necesariamente a interpretaciones ideológicas de todo tipo, toda aproximación teórica al fenómeno nacional aparece como difícil y problemática por su posible uso político. Tanto por parte de partidarios como de detractores del nacionalismo, ya sea este entendido en su forma ideológica como discurso político, ya sea a través de sus distintas expresiones prácticas específicas. Directa o indirectamente, pues, los antropólogos - como el resto de los científicos sociales que pretenden estudiar el tema del nacionalismo -, ocupan una posición ambivalente, en términos políticos, con sólo aproximarse al análisis del fenómeno nacionalista: saben que su trabajo podrá ser utilizado con objetivos políticos específicos ajenos a su voluntad y a su posición personal ante este tema.

Esta propuesta pretende reivindicar la posibilidad de una aproximación teórica al fenómeno del nacionalismo, al margen de las lecturas políticas específicas que se puedan hacer sobre el tema. También pretende mostrar el papel que ha tenido, tiene y puede tener la antropología social como disciplina en la comprensión del nacionalismo. Se parte aquí de la premisa que el nacionalismo es un fenómeno complejo y poliédrico que sólo podrá ser explicado desde una aproximación teórica interdisciplinaria, donde la antropología social puede y debe participar como el resto de ciencias sociales. De hecho, la investigación efectuada sobre la cuestión (Clua, 2008) ha mostrado que se puede establecer una relación entre la disciplina y el nacionalismo en tres sentidos distintos:

a) Por un lado, los antropólogos tienen un importante papel como científicos en el estudio del nacionalismo a través del conocimiento que la disciplina ha generado sobre las culturas, los grupos étnicos y las identidades de grupo, elementos fundamentales en el discurso y la práctica nacionalista, pero también en los análisis teóricos del nacionalismo.

b) Por otro lado, aunque la propia disciplina sea poco consciente de ello, la antropología ha participado, a través de figuras de renombre como Geertz o Gellner, en el estudio específico del nacionalismo. Unos trabajos ampliamente citados y utilizados desde la teoría del nacionalismo, aún cuando ésta no siempre ha reconocido el carácter específicamente antropológico de estas aportaciones (v. Smith, 1971 y 2000; Özkirmili, 2000).

c) Finalmente, el análisis de la relación entre la antropología y el nacionalismo pone de relieve el papel que los antropólogos, como intelectuales, han tenido históricamente en la construcción de nacionalismos específicos, principalmente a través de una idea de cultura e identidad de grupo que ha sido ampliamente utilizada por el discurso nacionalista.

1. CULTURA Y ETNICIDAD EN LAS TEORÍAS DEL NACIONALISMO

A pesar de la antigüedad de la presencia del nacionalismo y de su importancia histórica, el estudio específico del nacionalismo como tema de análisis social no se produjo antes de los años sesenta del siglo XX. Con anterioridad a esta fecha sólo se encuentran aportaciones limitadas, breves y parcialmente relacionadas con temas de la identidad nacional, aunque (desde una lectura efectuada desde el presente), algunos teóricos contemporáneos las consideran antecedentes o precursores de las propuestas teóricas que se construirán después. Pero lo cierto es que ni tan siquiera los llamados “padres fundadores” de las distintas ciencias sociales - es decir, básicamente Durkheim, Weber y Marx -, no tomaron en consideración el nacionalismo como tema de análisis (Smith, 1983; Llobera, 1994b; Özkirimli, 2000; Guibernau, 1997). Por distintas razones históricas y

biográficas, los autores clásicos no prestaron atención a la cuestión nacionalista. Y esto marcó de forma determinante la ausencia de interés por el tema en las ciencias sociales durante mucho tiempo.

No será hasta el período de entreguerras, e inmediata postguerra mundial, cuando algunos historiadores, como C. Hayes y H. Kohn, iniciaron el estudio académico del nacionalismo, describiendo el surgimiento y desarrollo del discurso nacionalista en el proceso histórico de construcción de las “viejas” naciones europeas. Durante mucho tiempo estas propuestas -básicamente descriptivas y clasificatorias-, serán las únicas aproximaciones disponibles al fenómeno nacionalista. Por otro lado, finalizada la segunda guerra mundial, la situación política general no favoreció el estudio de un fenómeno que se consideraba que estaba en decadencia. Será a finales de los años cincuenta y, más concretamente, durante la década de los sesenta, cuando los sociólogos y politólogos se introduzcan por fin en el estudio del nacionalismo como fenómeno social.¹ Los efectos de los procesos de descolonización, y las convulsiones sociales vividas en las antiguas metrópolis europeas, provocaron cambios en el mundo académico. Y generaron la aparición de grupos de teóricos que, interesados en los problemas de “desintegración” que la modernidad estaba provocando en los países en vías de desarrollo, descubrirán la importancia del nacionalismo como objeto de estudio, y como terreno donde poner a prueba la teoría sociopolítica del momento. El nacionalismo, pues, deja de ser un elemento obsoleto o en vías de desaparición para convertirse en un tema importante para la modernidad, dándose así un impulso importante a la investigación sobre el tema.

Pero el momento álgido de la producción teórica sobre el nacionalismo será después. A lo largo de los años ochenta se producen modelos teóricos más generales y sofisticados que pretenden analizar exclusivamente el nacionalismo como fenómeno general, más allá de los estudios de caso específicos. Unos modelos que prefiguran y consolidan los principales paradigmas explicativos del nacionalismo

¹ Aunque hay que señalar como excepción la obra pionera de Karl Deusth, elaborada desde la teoría de la comunicación y publicada en 1953, su momento de máxima influencia será también los años sesenta.

que han dominado el panorama teórico hasta la actualidad: el paradigma “modernista” versus la mirada a largo plazo (o *longue durée*) del paradigma “perennialista” (o en su versión más moderna, “etnosimbolista”). La década de los ochenta, pues, significa un punto de inflexión en el estudio del nacionalismo. Una producción escrita que en la década de los noventa vivió un importante aumento - en términos más cuantitativos que cualitativos -, a raíz de la caída del muro de Berlín y la desintegración de la antigua Unión Soviética. Hechos de tal trascendencia geopolítica que situaron el nacionalismo en el primer plano teórico y mediático.

A lo largo de los últimos treinta años, pues, se ha llegado a construir un importante corpus teórico alrededor del nacionalismo. En general se acepta el origen moderno del nacionalismo como movimiento social y como ideología. La mayoría de autores sitúan a finales del siglo XVIII el desarrollo completo de la ideología nacionalista; y en el siglo XIX su desarrollo como movimiento político de masas. Pero no se ha logrado consensuar una propuesta explicativa única de la realidad empírica de la nación y de las causas de la aparición del nacionalismo. La literatura científica ha tendido a polarizarse en un intenso debate entre *perennialistas* y *modernistas*, que tiene su principal punto de discusión en el grado de importancia que se concede a la presencia de una cultura y/o etnicidad previa para explicar la nación y la aparición del discurso nacionalista. De este modo, la discusión se ha orientado a determinar si la solidaridad étnica y los sentimientos de identidad que se daban en las épocas premodernas son o no también nacionales, anteriores a la aparición del nacionalismo como ideología y movimiento político; y causantes de su aparición. Autores primordialistas como Smith o Connor, pero también modernistas convencidos como Hobsbawm, ponen sobre la mesa la importancia de la etnicidad; e inician el debate sobre la relación entre etnia y nación cuando se plantean explícitamente cuales son las fuentes emocionales de adhesión a la nación y como funcionan.

No es extraño, pues, que el debate teórico dentro del nacionalismo poco a poco se haya ido desplazando hacia los estudios sobre los grupos étnicos y la etnicidad. De tal forma que la oposición entre *perennialistas* y *modernistas* ha terminado por mezclarse, y hasta

cierto punto confundirse, con el debate que se ha producido en las teorías de la etnicidad entre *primordialistas* e *instrumentalistas* (Pujadas, 1993). Los primeros ponen el acento en la realidad histórica e empírica del grupo étnico y de la nación; y en la fuerza emocional y movilizadora de los lazos primordiales del individuo con el grupo para explicar el nacionalismo. Los otros remarcan el carácter absolutamente moderno, profundamente político y altamente manipulable de estas identidades de grupo, convertidas en un nuevo concepto político llamado nación; y movilizadas a través de un discurso nacionalista con un origen estrictamente moderno y occidental. Y en este punto se encuentra todavía, en términos generales, el debate teórico sobre el nacionalismo (Smith, 2000; Özkirimli, 2000).²

De este modo, una lectura desde el prisma antropológico de los distintos paradigmas elaborados para explicar el nacionalismo pone de relieve la importancia que tiene incorporar la disciplina antropológica a este tipo de análisis. En tanto que especialistas en el análisis de la cultura (aunque todavía no se haya consensuado dentro de la disciplina el significado y límites de nuestro propio objeto de estudio), y del funcionamiento de los grupos étnicos y la etnicidad, l@s antropólog@s aparecen como especialistas privilegiados para determinar la importancia de los límites y contenidos culturales de los grupos sociales en la explicación de las causas y funciones del nacionalismo.

Además, una lectura atenta de los argumentos utilizados desde los distintos paradigmas muestra como la mayoría no define con claridad como entienden y aplican la idea de cultura, grupo étnico e identidad étnica (Clua, 2008). Se suele aplicar una mirada estática, esencialista y

² No hay espacio aquí para hacer un análisis exhaustivo de las teorías del nacionalismo, pero desde finales de los noventa el debate se ha visto enriquecido por las voces críticas postmodernas que, desde la descomposición del nacionalismo como discurso y como narrativa, cuestionan no sólo la existencia de la nación como realidad empírica, sino la unicidad en la interpretación y vivencia de esta nación. Planteamientos de género y desde la llamada “periferia” han sacado a la luz el carácter eurocéntrico y androcéntrico del debate “clásico” del nacionalismo, prestando atención a la participación diferencial de las mujeres en los proyectos nacionalistas, la reproducción diaria de la nacionalidad, la experiencia del nacionalismo en las sociedades poscoloniales, y las contribuciones específicas de los pueblos en los márgenes nacionales, entre otras cuestiones (Özkirimli, 2000: 10).

limitada de los grupos étnicos, que son considerados portadores naturales de una cultura e identidad específica, que se supone compartida homogéneamente, y que coincide de forma estrecha con los límites de la sociedad analizada. Frecuentemente se confunde etnia y nación, pretendiendo que la constatación de la presencia de una identidad étnica en la era pre-moderna demuestra que la nación ya existía antes de la modernidad. La clave del debate está, pues, en como se define la nación y como se define la etnia. Pero, sobretodo, en marcar cual es la diferencia que se establece entre las dos, para determinar cuando, como y porque, en algunos casos, la etnia se convierte en nación.

La perspectiva antropológica, pues, aparece como imprescindible para un análisis más correcto de los elementos sobre la cuestión étnica que dan sentido al debate sobre el nacionalismo. Y que suelen estar en manos de autores que no son especialistas en la materia. De este modo, pues, y ante la necesidad de realizar una aproximación realmente interdisciplinaria al análisis de un fenómeno poliédrico como es el nacionalismo, la antropología puede y debe reivindicar su lugar.

Pero, ¿cual ha sido específicamente el papel que ha jugado la antropología social en este intento de comprensión y explicación del nacionalismo?

2. LA APORTACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL AL ESTUDIO DEL NACIONALISMO

2.1. Los precedentes antropológicos

La antropología ha tenido una participación activa e importante en el debate teórico sobre el nacionalismo desde que este se inició. Aunque desde dentro de la propia disciplina esta participación ha pasado bastante desapercibida, o no ha sido reconocida como se merecería. Antropólogos que son citados como fundamentales desde la teoría del nacionalismo, como Geertz o Gellner, mantienen oculta o minorizada esta parte de su producción cuando se habla de ellos desde la disciplina (seria el caso de Geertz); o bien no se ha tenido muy en cuenta la importancia real que su aportación teórica ha tenido en este

ámbito de estudio (como sería el caso de Gellner). Más allá de estos autores concretos, en general la propia antropología política no asume como tema de estudio de su ámbito específico de trabajo el análisis del nacionalismo, que es el gran ausente de la parte dedicada a la antropología política de manuales generales o específicos de uso corriente (v. Barnard & Spencer, 1996; Bonte & Izard, 1991; Vincent, 1990). De esta forma, parece que desde la disciplina se niegue la importante contribución que la antropología ha hecho en el estudio del nacionalismo, renunciando a su derecho a participar como una ciencia social más en el debate interdisciplinario.

Así mismo, la aportación teórica específica de la antropología se ha producido en sintonía con la cronología general seguida por el conjunto de ciencias sociales implicadas en este tema de estudio. De esta forma, tenemos destacados antropólogos ejerciendo también de precedentes o pioneros por sus trabajos sobre la nación y la nacionalidad anteriores a los años sesenta. Destaca aquí la aportación de Mauss (1919-1920), con una reflexión sobre la nación que, aunque se trate de una aproximación inacabada y publicada póstumamente, será el referente desde el cual partirá la interpretación del nacionalismo que elaborará Louis Dumont años más tarde (Dumont, 1991). Aunque se trate de un trabajo menor en la producción total de Mauss, este texto, conjuntamente con un ensayo de Van Gennep sobre las características de la nacionalidad (1922), constituyen una muestra de que había antropólogos, en el contexto francés posterior a la primera guerra mundial, que veían la necesidad de analizar elementos de la sociedad occidental donde pertenecían como individuos (Llobera, 1994a).

En este mismo compromiso con el presente que vivían, como intelectuales, Mauss y Van Gennep, cabría situar la aportación de un antropólogo del calibre de Bronislaw Malinowski. En esta ocasión, la única aportación explícita de Malinowski al tema del nacionalismo se limita a un artículo dedicado a la guerra y el papel del estado publicado en 1941. Pero refleja el compromiso político de un antropólogo de origen polaco exiliado en Gran Bretaña, que estaba viviendo la ascensión de Hitler en la Europa inmediatamente anterior al estallido de la segunda guerra mundial (Skalník, 1993).

Pero la crítica al nacionalismo de Malinowski es especialmente interesante si se adopta la interpretación defendida por Gellner (1987: 9), según la cual: “Bronislaw Malinowski, el principal fundador de la antropología contemporánea, utilizó en efecto las ciencias sociales como alternativa del nacionalismo.” Gellner intenta conjugar el pensamiento teórico y filosófico de Malinowski con su condición personal y nacional particular.³ Esto le lleva a situar al antropólogo polaco en lo que llamará “el dilema Habsburgo” (Gellner, 1998). Según esta visión, en tanto que miembro de una nación sin estado (es decir, “sin historia” en el sentido hegeliano), Malinowski se encontraba enfrentado a la necesidad de escoger entre dos opciones: o bien aceptar el modelo cosmopolita que negaba cualquier posibilidad de existencia a Polonia; o bien reconocer como antropólogo la fuerza del sentido “orgánico” de las comunidades históricas y su continuidad, apoyando así las demandas nacionalistas. Según la interpretación de Gellner, la nueva forma de entender la antropología y el trabajo de campo que desarrolló Malinowski fue la solución que el polaco encontró para conjugar su nacionalismo cultural con su internacionalismo político. Su propuesta estaba fundiendo el romanticismo y el positivismo europeos en una forma totalmente nueva; una vía intermedia que defendía el valor de la cultura pero repudiaba el culto nacionalista a la historia y los estados. Así Malinowski instauró un nuevo método, “que hizo posible investigar las viejas comunidades del orbe, pero que al mismo tiempo rehusaba asignar autoridad política al pasado. Su célebre sincronismo fue no sólo una guía en el intenso trabajo practicado sobre el terreno y un medio para repudiar la especulación evolucionista, sino que fue

³ En 1935 la Polonia natal de Malinowski se encontraba dividida y anexionada en tres potencias que intentaban absorberla. Curiosamente, a lo largo de su obra Gellner muestra una especie de identificación personal e intelectual con Malinowski y su vida. A pesar de la diferencia cronológica en los tiempos en que vivieron, es innegable que hay ciertos paralelismos en la biografía de ambos autores: procedentes los dos de países de Europa Central, vivieron directamente los efectos de la primera y segunda guerra mundial respectivamente. Y estos conflictos bélicos les obligaron a exiliarse a Inglaterra, donde terminaron los dos en la antropología y en la London School of Economics. Como recogieron su hijo David Gellner en el prólogo, y Steven Lukes en el prefacio, al libro póstumo de Gellner, *Language and Solitude*, en gran medida el pensamiento político de Malinowski reflejaba el del propio Gellner.

también un modo de rechazar esa manipulación nacionalista del pasado para ponerla al servicio de fines actuales, rasgo tan característico de la Europa Central y de la Europa Oriental” (Gellner 1987: 9-10).

Finalmente, por lo que refiere a los precedentes antropológicos en el estudio académico del nacionalismo, hay que citar un tipo de trabajos producidos en los Estados Unidos desde mediados de la década de los años cuarenta hasta finales de los cincuenta. Se trata de los estudios del llamado “carácter nacional”, que se desarrollaron como una especialidad temática dentro de la Escuela de Cultura y Personalidad norteamericana. En el contexto de la segunda guerra mundial, se impulsó la creación de un conocimiento científico de aplicación práctica inmediata, en algunos casos con financiación directa por parte de las agencias militares gubernamentales. De este modo, la primera generación de antropólogos formados por Boas se encontró fuertemente estimulada por el gobierno norteamericano para que proporcionase datos sobre las características de los países más distantes o más desconocidos (especialmente los enemigos japoneses y soviéticos, pero no sólo). Estos trabajos tuvieron una vida muy breve, porque con el final de la guerra y el establecimiento de la política de bloques, su demanda de aplicación directa disminuyó considerablemente. Pero especialmente porque fueron duramente criticados por los métodos, técnicas y supuestos que los guiaban, cayendo en un importante desprestigio académico.⁴

De todas formas, estos trabajos sobre la psicología nacional no ofrecían (ni pretendían hacerlo), ningún acercamiento al tema específico del nacionalismo, que es el gran ausente de estos planteamientos. De hecho tampoco lo ofrecen las reflexiones de Mauss, Van Gennep o Malinowski. Se trata tan sólo de aproximaciones laterales a temas que, solo desde una lectura presentista, pueden relacionarse con el nacionalismo y su análisis. Se les puede considerar, si se quiere, como precedentes del verdadero análisis antropológico del nacionalismo, que se producirá después.

⁴ De tal forma que actualmente no se encuentra referencia alguna al tema del “carácter nacional” y su estudio dentro de la antropología, ni en el diccionario de Bonte & Izard (1991), ni en la enciclopedia de Barnard & Spencer (1996).

Pero nos muestran que dentro de la antropología ha habido autores interesados, si no como científicos, sí como intelectuales y como ciudadanos, en una mejor comprensión del fenómeno nacional.

2.2. El estudio antropológico del nacionalismo

A partir de los años sesenta las ciencias sociales empiezan a analizar el tema del nacionalismo. Y destacan dos antropólogos que aparecen, dentro de las teorías del nacionalismo, como los principales referentes de dos de los principales paradigmas explicativos del nacionalismo. Geertz sería el representante de los *primordialistas*; Gellner el de los *modernistas*. Esta contraposición en la interpretación del nacionalismo se suma a una larga lista de desacuerdos filosóficos, teóricos y metodológicos que enfrentaron a estos dos autores a lo largo de su vida académica. Una importante discrepancia en la forma de entender el mundo y la antropología que tuvo su punto de máxima contraposición en el debate sobre la racionalidad, el universalismo y el relativismo que se produjo en los inicios del llamado postmodernismo (Geertz 1983 y 1996; Gellner, 1985 y 1992). Una forma radicalmente distinta de entender la cultura y la práctica antropológica que es el resultado de la combinación entre unas experiencias biográficas muy particulares y un *background* profesional derivado de pertenecer a tradiciones antropológicas “nacionales” también muy distintas.⁵

Por un lado, Ernest Gellner refleja la experiencia de un antropólogo de origen centroeuropeo, directamente marcado por los procesos bélicos y políticos que se produjeron en esta parte de Europa precisamente durante la primera mitad del siglo XX. Originario de una familia checa laica de origen judío que tuvo que huir de Praga tras la invasión nazi de Checoslovaquia, Gellner vive un pasado de “diáspora” en la Europa de posguerra que lo convirtió en un autor absolutamente cosmopolita. Sin ninguna simpatía por el nacionalismo como doctrina (puesto que había vivido directamente su expresión más negativa en el antisemitismo), lo convirtió en uno de sus principales temas de interés teórico. Un interés que mantuvo a lo largo de su vida, desde el primer

⁵ No hay espacio aquí para desarrollar con la profundidad que merecerían estos dos autores, sus trayectorias y su interpretación del nacionalismo. Se ofrece aquí solo un rápido esbozo de lo que se ha trabajado en extenso en Clua, 2006 y 2008.

escrito sobre el tema publicado en 1964 en *Thought and Change*, hasta el penúltimo libro que publicó (póstumamente), en 1997: *Nationalism*.

Formado en la antropología social clásica británica, Gellner intentará un acercamiento teórico al nacionalismo como fenómeno social, sin emitir ningún tipo de juicio de valor. Manteniéndose fiel a una estricta tradición científica objetivista en la búsqueda de una explicación racional de los hechos a través de la teorización, la sistematización y la comparación, ofrecerá una interpretación con pretensiones universalistas del nacionalismo. Éste será explicado como un fenómeno absolutamente moderno, producido en Europa con el nuevo rol político que ocupa la cultura en la transición a la sociedad industrial moderna. Una interpretación que será fundamental en los estudios del nacionalismo y que marcará el desarrollo de una nueva mirada que, ha sido y sigue siendo, determinante en la comprensión del fenómeno. Gellner se convierte así en una referencia imprescindible en el estudio del nacionalismo, aunque esta aportación haya pasado más desapercibida desde dentro de la antropología (que en algunas ocasiones parece que se conforme con la apropiación que se hace de él desde la sociología).

Esta trayectoria personal e intelectual de Gellner no tiene nada que ver con la vivida por el norteamericano Clifford Geertz. Aunque nacido sólo un año después que Gellner, en 1926, la infancia y primera juventud de Geertz serán vividas plácidamente en unos Estados Unidos donde el nacionalismo no es vivido como problema político. A la vuelta de participar en la segunda guerra mundial, Geertz se encontró, en la década de los años cincuenta, con lo que él mismo llamó una “postwar exuberance” (Geertz, 2002: 3). Es decir, con un país fuerte económica y políticamente, con voluntad de dedicar recursos materiales y humanos a la investigación, la reconstrucción de Europa, y a promover la independencia de las colonias en Asia y África. Es en este contexto de trabajo, en equipos multidisciplinarios bien financiados trabajando los problemas generales de modernización de los países descolonizados, donde hay que situar la investigación que Geertz desarrollará en Indonesia (en el llamado Proyecto Modjokuto). Un trabajo que dará inicio a su carrera académica y que le convertirá en un especialista en antropología religiosa. Y dentro de este contexto modernizador también hay que situar las dos únicas

referencias que Geertz hará sobre el nacionalismo, escritas en 1963 y 1971, pero reeditadas posteriormente en forma de capítulos (10 y 9 respectivamente), de su libro más famoso, *La interpretación de las culturas* (1973).

Se trata de unos textos menores y claramente laterales en el conjunto de la obra de Geertz. Y indudablemente menos influyentes para la antropología que el resto de su producción teórica, hecho que explicaría el desconocimiento mayoritario de esta parte de la obra Geertz dentro de la disciplina. De hecho reflejan el poco interés que el tema tuvo en general en Geertz, puesto que el nacionalismo aparece como un elemento más del paisaje de los países en vías de modernización que está trabajando. Pero en cambio estos materiales han convertido, a los ojos de los teóricos del nacionalismo, a Geertz en el principal representante de una interpretación primordialista del nacionalismo. Especialmente el texto publicado en 1963, “The Integrative Revolution. Primordial Sentiments and Civil Politics in the New States”.

Aunque una lectura con profundidad de estos textos muestra que, en realidad, la interpretación de la nación de Geertz es mucho más modernista que primordialista, lo cierto es que la visión de Geertz del nacionalismo como producto de las adhesiones emocionales de los individuos a su cultura es innegablemente determinista (v. Clua 2006). Pero, sobretodo, refleja la visión weberiana de la cultura que tenía Geertz, donde la cultura deviene esa urdimbre de tramas de significación que el hombre ha creado y que le atrapan inevitablemente (Geertz, 1973: 20). Y que convierten la adhesión del individuo al grupo y su cultura en un elemento de lealtad casi irracional. De esta forma el nacionalismo aparece como esta lealtad al grupo étnico, por oposición a la lealtad que se deriva de la adhesión consciente y racional al estado moderno.

Con Gellner y Geertz, pues, se confrontan dos formas distintas de interpretar antropológicamente el nacionalismo, producto de diferentes experiencias vitales con el propio fenómeno nacional, de distintas formas de concebir la cultura y su interpretación, y de formas divergentes de entender y practicar la antropología. Sus trabajos, convertidos en referentes dentro de las teorías del nacionalismo,

también han situado a la antropología en un lugar privilegiado para participar en un debate científico que, sin duda, significa un reto para la disciplina actual. Y que ha continuado hasta la actualidad. Desde autores consagrados como Louis Dumont (1991) o Josep Ramón Llobera (1994c), hasta las nuevas generaciones de etnógrafos que trabajan el tema del nacionalismo aplicando el trabajo de campo. Nombres como Thomas Hylland Eriksen, Partha Chatterjee, Chris Hann, Katherine Verdery o Richard Handler, se están convirtiendo en referencias altamente valoradas dentro de las propuestas actuales de análisis del fenómeno nacionalista. La antropología, pues, no ha dejado de participar en el debate sobre el nacionalismo, incorporándose en la interesante y fructífera crítica sobre la narrativa de la nación y del discurso nacionalista que iniciaron los postmodernos. Aunque, lamentablemente, parece que desde dentro de la propia disciplina todavía no se ha tomado suficientemente en serio esta participación.

3. LOS ANTROPÓLOGOS Y EL NACIONALISMO

Queda finalmente hablar del papel de los antropólogos, como intelectuales y como ciudadanos, en relación con el nacionalismo como realidad social. Como se ha visto, ya desde los años veinte distintos antropólogos han intentado entender los elementos que, como la nación o el nacionalismo, formaban parte de su realidad política más inmediata. Y de hecho, reflejan la necesidad de pensar las categorías y conceptos políticos que, como miembros de la sociedad occidental moderna, orientan y legitiman la forma contemporánea de organizar el mundo en estados-nación.

Parece claro que, l@s antropólog@s, con todo su bagaje teórico acerca de la cultura y los grupos étnicos (conjuntamente con las herramientas metodológicas derivadas de la aproximación etnográfica y comparativa), están especialmente bien situados para aportar una mirada crítica a los discursos sobre la identidad y las pertenencias políticas de uso corriente. Tienen y suelen encontrarse, pues, con una responsabilidad política directa en situaciones contemporáneas de reivindicación de los derechos de las minorías étnicas dentro de los estados modernos. Y en esta situación suelen descubrir el papel

importante que la disciplina ha tenido, y puede todavía tener, en la construcción de la idea de nación y en la legitimación del discurso nacionalista. Básicamente a partir de la forma como se interprete la idea de “cultura”.

Es innegable que el desarrollo de la antropología en la modernidad europea coincide en términos cronológicos, geográficos e intelectuales con el desarrollo del discurso nacionalista clásico. Como decía Gellner (1987: 9): “El siglo XIX fue la edad del nacionalismo. Fue también la época en que nacieron las grandes ideologías seculares y así mismo fue el período durante el cual surgieron las ciencias sociales. Estos tres acontecimientos no dejan de estar relacionados.”

Es precisamente en este marco geopolítico de formación y/o consolidación de los estados-nación europeos y americanos (paralela a su expansión colonial e imperial), donde se desarrollará el primer interés antropológico para estudiar de una forma rigurosa y científica la diversidad cultural en el siglo XIX. Ya sea en sus formas primitivas en territorios exóticos, ya sea en su forma “tradicional” o cultura popular, que permite distinguir las distintas naciones en la vieja Europa. La disciplina aparece, pues, como el intento de dar sentido, desde la perspectiva científica, a los mismos interrogantes que se estaban intentando resolver a nivel político a través del discurso nacionalista: como hacer encajar un mundo de nuevos individuos que la Ilustración había convertido en libre e iguales, con una realidad política y social que limitaba estos derechos individuales en función del grupo de pertenencia y los derechos políticos que de ello se derivaban.

Para ello, unos y otros utilizaron los mismos referentes intelectuales. La idea del nacionalismo como doctrina política puede remontarse hasta los filósofos románticos alemanes como Herder i Fichte, cuyas ideas fueron también cruciales en el desarrollo del concepto antropológico de cultura. Un concepto de cultura que suponemos científico, pero que refleja las implicaciones políticas de las asunciones occidentales sobre el mundo al cual pertenecemos. Principalmente, la idea que los pueblos pueden ser clasificados naturalmente como pertenecientes a culturas o sociedades limitadas, discretas. Incluso Boas, que liberó una larga batalla contra la idea de

raza, al sustituirla por una idea de cultura explícitamente heredada de Herder, fracasó en cuestionar la asunción de que los pueblos pertenecen naturalmente a una cultura y sólo una (Barnard & Spencer, 1996: 392).

No es de extrañar, pues, que los antropólogos que estudian los discursos y símbolos nacionalistas descubran que los líderes nacionalistas están usando argumentos antropológicos sobre la cultura y la etnicidad. O que encuentren que los primeros folkloristas y etnógrafos tuvieron un importante papel político, como parte de la *intelligentsia* que participó en las primeras fases de desarrollo de casos históricos de nacionalismo (como puso de relieve el trabajo de Hroch).

Es innegable que esta situación plantea importantes cuestiones sobre la responsabilidad ética de la disciplina en el pasado. Pero también en el presente y en el futuro. Si tuvo un papel destacado en la elaboración y transmisión de una idea equivocada de la cultura y su relación con los grupos étnicos, su papel ahora tiene que ser justamente el contrario: denunciar la falsedad de ciertas visiones y correlaciones que actualmente se establecen en algunas doctrinas políticas entre cultura, etnia y los derechos de ciudadanía.

Un papel crítico que tiene que ir paralelo al desarrollo teórico que permitirá llegar a una mejor comprensión de un fenómeno de una enorme importancia social y política y que, lamentablemente, todavía hoy no conocemos suficientemente.

BIBLIOGRAFÍA

BARNARD, Alain & SPENCER, Jonathan (ed.) (1996) *Encyclopaedia of Social and Cultural Anthropology*, Londres-New York.

BONTE, Pierre & IZARD, Michael (ed.) (1991) *Diccionario de Etnología y Antropología*, Madrid, Akal.

CLUA, Montserrat (2006) “Ser o no ser primordialista. L’aportació de Clifford Geertz a les teories del nacionalismo”, *Quaderns-e* 8, <http://www.antropologia.cat/quaderns-e-17>

(2008) *Cultura, ètnia i nació. Una aproximació a l'estudi del nacionalisme des de l'antropologia social*, tesi doctoral presentada a la UAB.

DEUTSCH, Karl (1953) *Nationalism and Social Communication: An Inquiry in to the Foundations of Nationality*, Cambridge, MIT Press.

DUMONT, Louis (1991) *Homo Aequalis II. L'idéologie allemande. France-Allemagne et retour*, Paris, Gallimard.

GEERTZ, Clifford (1973) *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000.

- (1983) *Local Knowledge: Further Essays in Interpretative Anthropology*, Nova York, Basic Books

- (1996) *Los usos de la diversidad*, Barcelona-Bellaterra, Paidós-ICE-UAB.

- (2002) "An Inconstant Profession: The Anthropological Life in Interesting Times", *Annual Review of Anthropology* 31, pp.1-19.

GELLNER, Ernest (1964) "Nationalism", *Thought and Change*, London, Weidenfeld and Nicholson.

- (1985) *Relativism and the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press.

- (1987) *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 1989.

- (1992) *Postmodernismo, razón y religión*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1994.

- (1997) *Nacionalismo*, Barcelona, Destino, 1998.

- (1998) *Language and Solitude: Wittgenstein, Malinowski and the Habsburg Dilemma*, Cambridge, Cambridge University Press.

GUIBERNAU, Montserrat (1997) *Els nacionalismos. L'Estat nació i el nacionalismo al segle XX*, Barcelona, Proa.

LLOBERA, Josep R. (1994a) "Anthropology Approaches to the Study of Nationalism in Europe. The work of Van Gennep and Mauss", in GODDARD et alt. (eds.), *The Anthropology of Europe*, Oxford, Berg, pp.93-111.

- (1994b) “Durkheim and the national question”, in PECKERING et alt. (eds.), *Debating Durkheim*, Londres, Routledge, pp.134-58.

- (1994c) *EL Dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*, Barcelona, Anagrama, 1996.

ÖZKIRIMLI, Umut (2000) *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*, New York, Palgrave.

PUJADAS, Joan Josep (1993) *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*, Madrid, Eudema.

SKALNÍK, Peter (1993) “Malinowski, la guerre, le nationalisme et l’État”, *Gradhiva* 13, pp.3-18.

SMITH, Anthony D. (1971) *Las Teorías del Nacionalismo*, Barcelona, Península, 1976.

- (1983) “Nationalism and classical social theory”, *The British Journal of Sociology* 34(1), pp.19-38.

- (2000) *Nacionalismo y Modernidad. Un estudio crítico de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismo*, Madrid, Ediciones Istmo.

VINCENT, Joan (1990) *Anthropology and politics: visions, traditions, and trends*, Tucson, University of Arizona Press.